



## Espanoles en Siam (1)

[Emilio de Miguel Calabia](#) el 13 oct, 2020

El año que viene se cumplirán 25 años del libro “Espanoles en Siam” de Florentino Rodao. En su momento, fue un hito, que hemos leído todos los que estamos interesados en el Extremo Oriente. Hasta ese momento era muy poco lo publicado sobre las relaciones entre España y Asia y lo poco que había se centraba en Filipinas y a menudo lo hacía desde una óptica hispanoamericanista. Meterse en un terreno inexplorado como el de las relaciones entre España y un país asiático que no fuese Filipinas, era una osadía de gran calibre.

Desde finales del siglo XV, España tenía una espinita clavada. Con la firma del Tratado de Tordesillas, España se había vedado la posibilidad de llegar a Asia por el este y era allí donde estaban las islas de las especias. La expedición de Magallanes tenía como uno de sus objetivos principales ver si se podía llegar a las islas de las especias por el oeste. Elcano, que concluyó la expedición tras la muerte de Magallanes, demostró que sí que se podía, pero había el pequeño problema de que luego no era posible regresar en sentido contrario.

En 1529 España y Portugal firmaron el Tratado de Zaragoza por el que Portugal pagaba a España para que renunciase a cualesquiera pretensiones que pudiera tener sobre las islas Molucas, donde se producían las especias. Con su firma, España reconocía su exclusión del comercio asiático, al no haber vía de regreso desde Asia hasta América.

Todo cambió cuando en 1565 Andrés de Urdaneta descubrió las corrientes marinas que permitían navegar de las Filipinas a la costa pacífica de América, el denominado tornaviaje. De pronto las Filipinas, descubiertas en 1521, se convertían en una plataforma insuperable para la exploración y conquista de Asia.

En 1571 Miguel López de Legazpi fundó la ciudad de Manila. Rodao señala que en esos primeros momentos los españoles no tenían planes claros ni sabían bien lo que querían, aparte de conquistas fáciles y riquezas. Les movía el recuerdo de cómo fue la conquista de América,

donde la Española primera y luego Cuba, fueron bases temporales desde las que se lanzó la conquista del continente. Seguramente muchos pensaron que Filipinas desempeñaría un papel parecido y que sería temporalmente el foco del dominio español en Asia, en tanto se conquistaba algo más sustancial en el continente. Con lo que esos españoles optimistas no contaban era con que en Asia no contarían con dos ventajas importantísimas que sí que habían tenido en América y que habían permitido su victoria. La primera era la viruela. Las poblaciones americanas carecían de inmunidad natural contra la viruela; los estragos que causó contribuyeron poderosamente a la conquista de América. La otra es que en Asia los españoles no disponían de la superioridad en tecnología militar que habían tenido en América. Un tercer factor que influyó es que las sociedades asiáticas tenían un mayor grado de institucionalización, estabilidad y desarrollo. A diferencia de los imperios aztecas e inca, en Asia no bastaba con hacerse con la persona del soberano para conquistar un imperio.

Mientras que los más iluminados elaboraban planes ilusorios para conquistar China con ciento diez buenos arcabuceros españoles (véase el libro de Manel Ollé, “La empresa de China”, que ya comenté aquí), los más sensatos se conformaban con planear la conquista de Indochina.

Desde la década de los 80, el reino de Ayuthaya comienza a ser citado en los documentos españoles y no necesariamente de manera amistosa. El gobernador de Manila Santiago de Vera (1584-1590) informó al Rey Felipe II de que Ayuthaya era un reino muy poblado y con muchos recursos y añadió significativamente: “La gente es poco belicosa”. Esta afirmación viniendo de un español del siglo XVI tenía mucho peligro.

Aunque Ayuthaya, adonde Manila envió una primera misión en 1586, hubiera podido atraer las codicias de los españoles, su atención a la postre se dirigió hacia Camboya. Tras la decadencia del imperio khmer y la conquista de Angkor por los siameses en 1431, Camboya era un reino debilitado que resistía las acometidas de su vecino siamés como podía. En la década de los 80 del siglo XVI, Camboya estaba además envuelta en guerras intestinas. Los españoles debieron de pensar que la situación era semejante a la del imperio inca que conquistó Pizarro, aprovechando la guerra civil que lo devastaba, y allá que se metieron. No voy a entrar aquí en la historia de la fallida empresa camboyana. Hace años la editorial White Lotus publicó el memorial que Fray Gabriel Quiroga de San Antonio dirigió al Rey Felipe III con el título “La breve y verdadera relación de los sucesos del reyno de Camboxa al rey Don Philipe nuestro señor”, donde cuenta con pelos y señales lo sucedido. Federico

Villalobos noveló el suceso hace unos años en la muy mejorable novela “La conquista de Camboya”.

Durante varios lustros hubo en Manila una facción partidaria de Camboya, país que creían muy prometedor como base para conquistar Asia y a cuyos reyes atribuían una buena disposición para permitir la evangelización del reino. Esa misma facción abogaba por tomar partido por Camboya en su enfrentamiento con Ayuthaya. La idea de que los siameses eran flojos y por ende fácilmente derrotables solía ser aducida, así como las supuestas simpatías de su rey hacia el Islam. Las tonterías que hace decir la codicia.

Curiosamente, mientras los aventureros veían a Siam con recelo, las relaciones comerciales se desarrollaban viento en popa. El gobernador Francisco de Tello de Guzmán (1596-1602) se aperció de que los españoles con su insistencia en favorecer a Camboya habían estado apostando a caballo perdedor. El reino que importaba era el de Ayuthaya. Tello también advirtió que faltaban en las Filipinas los soldados necesarios para emprender la conquista de Ayuthaya con posibilidades de éxito. En esas condiciones, mejor desarrollar relaciones pacíficas y promover el comercio en beneficio de todos.

En 1598 Juan Tello de Aguirre, el sobrino del gobernador, fue en misión a Ayuthaya y consiguió autorización real para que los españoles pudieran establecerse en el reino y comerciar libremente. Por desgracia, el tratado firmado en 1598 quedaría en papel mojado y carecería de resultados prácticos. Algo que se repetiría muchas más veces en los siglos siguientes en las relaciones entre España y Ayuthaya/Siam.

A finales del siglo XVI, aún se veía a Filipinas como el primer paso para la conquista de Asia continental. Lo que hacía falta era concretar por dónde empezar la conquista, si por Camboya, por Ayuthaya o por Champa (en la costa central del actual Vietnam). A comienzos del siglo XVII la situación comienza a cambiar. A la amenaza de los piratas chinos y japoneses se suma la de los holandeses. Poco a poco, de una mentalidad expansionista se pasa a otra defensiva y de la idea de que Filipinas fuese el trampolín de España hacia Asia se pasa lentamente a la de que sea un apéndice del Virreinato de Nueva España. Peor todavía, se desperdició la posibilidad de hacer de Manila un gran enclave comercial entre Asia y la América Hispana. La presión de los comerciantes sevillanos, que temían la competencia de los productos chinos, hizo que el comercio entre Manila y la América Hispana se limitase a un solo galeón anual por una regulación de 1593.

## Espanoles en Siam (2)



[Emilio de Miguel Calabia](#) el 16 oct, 2020

<https://abcblags.abc.es/bukubuku/historia/espanoles-en-siam-2.html>

Las relaciones entre Ayuthaya y España en la primera mitad del siglo XVII se vieron complicadas por la aparición de los holandeses en las costas de Asia. Los siameses vieron en los holandeses nuevas oportunidades comerciales y ya en 1607 enviaron a los Países Bajos la primera misión diplomática que jamás enviaran a Europa. Para españoles y portugueses aquello fue una afrenta. En los años siguientes intentarían desalojar a los holandeses de las Indias orientales y tratarían de que el rey de Ayuthaya rompiera sus contactos con ellos. Fracasaron en ambos extremos.

Las razones del fracaso hispano-portugués se explican fácilmente. Portugal se había sobreextendido y carecía de medios para defender todas sus posesiones asiáticas ante un enemigo con más población y recursos financieros. España, por su parte, nunca vio en Asia más que un escenario secundario. La verdadera lucha se tenía que dar en Europa y, tras los ataques holandeses a Brasil, en América. Por su parte, Ayuthaya, además de obtener pingües beneficios del comercio con los holandeses, fue advirtiéndole que españoles y portugueses eran potencias en declive y que la alianza con Holanda era más ventajosa. Cuando más adelante Ayuthaya busque reemplazos al comercio holandés, no se dirigirá a España ni a Portugal, sino a Inglaterra y Francia.

Para mediados del siglo XVII Filipinas era poco más que un callejón sin salida. Derrotados por los holandeses, que en 1641 arrebataron el importantísimo puerto de Malaca a los portugueses, los españoles prácticamente se desinteresaron del Sudeste Asiático, con el que prácticamente dejaron de interactuar. Los japoneses prohibieron el comercio con los españoles y los piratas chinos a partir de las últimas décadas de la dinastía Ming dificultaron el comercio con la China continental. El galeón de Manila se convirtió prácticamente en el único nexo de unión de Filipinas con el resto del mundo.

Con la llegada de los Borbones, se produjo un intento de administrar las posesiones españolas de manera más racional y rentable. Entre 1717 y 1719 gobernó Filipinas Fernando Manuel de Bustamante, uno de los gobernadores más

dinámicos que jamás tuvieran las islas. En 1718 envió una expedición a Ayuthaya y negoció un tratado de comercio con dicho reino. El tratado otorgaba a los españoles unos terrenos para que se instalasen en la capital y les permitía que construyesen barcos para el comercio con Nueva España; los españoles consiguieron también que se les permitiera comerciar libremente y quedar exento del pago de derechos de aduana, igual que los buques siameses quedarían exentos en Filipinas. Como ocurriera con el tratado de 1598, el de 1718 quedó en papel mojado. Se construyó un único barco que salió más caro de lo esperado y con el asesinato de Bustamante en 1719 se terminó el intento de convertir en Manila en un gran emporio comercial en Asia.

La segunda mitad del siglo XVIII fue agitada por ambas partes y no dio pie a muchas relaciones. Manila fue ocupada por los británicos entre 1762 y 1764 y Ayuthaya por los birmanos en 1767. Las últimas tres décadas del siglo fueron para los siameses un tiempo de lucha (expulsión del país de los birmanos), reunificación y reconstrucción bajo la nueva dinastía Chakri. Para las Filipinas españolas fue un tiempo de intentar dinamizar la colonia. En 1785 se creó la Real Compañía de Filipinas para potenciar el comercio de Filipinas con España aprovechando la ruta de El Cabo. Inicialmente la Compañía fue un éxito, hasta que se le cruzó eso que ha frustrado tantas grandes empresas españolas: los intereses creados. Los comerciantes de Manila no deseaban competencia para el Galeón a Acapulco y su oposición acabó provocando el fracaso de la Compañía.

La emancipación de la América Hispana representó un shock para las Filipinas, que de pronto se encontraron que habían perdido su papel tradicional de vínculo de las mercancías asiáticas con la América Hispana y que ahora dependerían de Madrid y no del Virreinato de Nueva España. También para España fue una sorpresa verse de pronto dirigiendo Filipinas desde Madrid. Leí una vez,- pero no puedo encontrar ahora la fuente que pudiera corroborarlo-, que cuando España aceptó que había perdido México, estuvo dispuesta a traspasarle las Filipinas, pero que un malentendido o un olvido en las negociaciones lo impidió. Si no es cierto, bien que lo parece, porque no fue hasta casi treinta años después de la pérdida del Virreinato de Nueva España que España empezó a tomarse en serio las Filipinas y a tratar de hacer algo con ellas.

Episódicamente España trataría de utilizar las Filipinas para incrementar su presencia en Asia y realizaría esfuerzos poco constantes de acercamiento a Siam. Rodao señala los rasgos que definieron las relaciones entre España y Siam en la segunda mitad del siglo XIX: 1) La dispersión de esfuerzos. En el dossier siamés metían la cuchara el Ministerio de Estado (actual Ministerio de AAEE), el de Ultramar y el de Marina; 2) La improvisación y la falta de continuidad de los esfuerzos. Por poner un ejemplo, en 1878 el Embajador español responsable para Siam, que era el de Pekín, visitó Bangkok por el importantísimo motivo de que en Pekín en invierno hacía un frío que pelaba y no quería acatarrarse; 3) La falta de contenido político de las relaciones, que en buena medida provenía del desconocimiento. Rodao comenta cómo la prensa española dio el mismo realce a los tratados comerciales que se firmaron en 1870 con Siam y con Hawaii, lo que mostraba su ignorancia sobre el mundo de Asia y el Pacífico; 4) Relaciones amistosas y cordiales. Es más

fácil llevarte bien con el primo tercero al que ves una vez cada tres años que con el cuñado con el que coincides en Navidad y fiestas familiares. Pues lo mismo se puede aplicar a las relaciones hispano-siamesas en el siglo XIX; 5) Complejidad y demora de las comunicaciones. El Embajador de España acreditado en Siam residía en Pekín. Un ejemplo: en febrero de 1875 se produjo un conflicto palaciego en Bangkok. La Embajada en Pekín informó del mismo el 31 de julio y el informe llegó a Madrid el 16 de octubre; 6) Ausencia de una colonia de españoles. La presencia de una colonia de españoles siempre requiere más interés por parte de la capital y un seguimiento mayor del país. Es difícil obtener cifras, pero no parece que durante la segunda mitad del siglo XIX hubiera nunca más de diez españoles al mismo tiempo en Siam; 7) Total desconocimiento desde Siam. Hay documentos que denotan que quien los escribió pensaba que se trataba de uno de los estados principescos indios y otros en los que el autor cree que Siam es un reino vasallo de China.

A partir de 1856 Siam comenzó a abrirse. Coincidió en el tiempo con el gobierno de la Unión Liberal de O'Donnell, que tenía ínfulas de grandeza y quería jugar a la gran potencia, aunque fuese una gran potencia venida a menos y de relumbrón. En 1859 España estaba participando junto a Francia en la expedición a Cochinchina, una guerra de la que los franceses saldrían con una colonia y los españoles con un cementerio muy apañadito en Danang. El interés español por Siam se avivó y surgió la idea de firmar un tratado comercial. Los motivos para firmarlo fueron dos: 1) Todos los demás estados europeos lo estaban haciendo y no iban a ser menos, aunque el 99% de los españoles no supiera donde estaba Siam; 2) Siam podía ser una fuente importante de trabajadores para la zafra cubana. Al parecer nadie en España sabía que, si algo caracterizaba a Siam, era la falta de mano de obra, que hacía que tuviesen que importar trabajadores chinos.

Pronto se impuso la inconstancia de nuestra política exterior de aquellos días y el tratado pasó a dormir el sueño de los justos. Rodao apunta varias posibles causas: la decepción ante los resultados de la expedición a Cochinchina, la creación del Ministerio de Ultramar con las consiguientes y típicas rencillas entre autoridades españolas por ver quién es el responsable (en este caso la pugna era entre el Ministerio de Ultramar recién creado y el de Estado) o la crisis definitiva de la Monarquía isabelina.

## **Espanoles en Siam (y 3)**



[Emilio de Miguel Calabia](#) el 18 oct, 2020

<https://abcblogs.abc.es/bukubuku/historia/espanoles-en-siam-y-3.html>

La revolución de 1868 que destruyó a Isabel II, por un corto período de tiempo infundió esperanzas de que se conseguiría remontar el vuelo y que España volvería a contar algo en el concierto internacional, especialmente en Asia. Fue entonces cuando se retomó la negociación del tratado comercial con Siam y se envió al diplomático Adolfo Patxot. Su misión fue un puro dislate y mostró que con revolución o sin ella éramos una “nación moribunda”, como nos había llamado el Primer Ministro británico Lord Salisbury en un discurso. A Patxot le entregaron una copia del Tratado no firmado de 1859, en la que se limitaron a cambiar los nombres de la depuesta Reina Isabel II y del fallecido Rey siamés Mongkut. Le pidieron que se enterase de qué tratados habían firmado desde entonces otras potencias y que procurase conseguir los mismos términos, si es que eran más favorables. O sea, que Madrid no tenía ni pajolera idea de qué tratados había firmado Siam y quería que Patxot sin infraestructura ni conocimiento del país se enterase. Otra instrucción que le dieron fue que se presentase con el aparato y el boato precisos. Y para que boato no faltase, le otorgaron un título vistosísimo: Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario con funciones en todo el Asia Oriental.

El pobre Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario con funciones en todo el Asia Oriental tras un viaje desde España a Singapur por un barco regular y a su llegada se encontró que el buque oficial que debía ir desde Manila a recogerlo para llevarle a Siam, no estaba. Se tiró esperándolo en Singapur cinco meses por un problema de comunicación entre los Ministerios de Estado, de Ultramar y de Marina. Cuando el barco llegó, no era el prometido, sino otro, que venía en unas condiciones lamentables. Patxot tuvo que gastarse el dinero que le habían dado para su misión en adecentar el barco y pagar los sueldos de la tripulación. De Singapur viajó a Hue, en Vietnam, para firmar otro Tratado con las autoridades vietnamitas. Un monzón y el forzamiento de las máquinas provocó una grave avería al buque que tuvo que ser reparado en Vietnam, de donde salió sin pagar la reparación por falta de fondos. Finalmente el esforzado Patxot llegó a Bangkok y el 23 de febrero de 1870, un año y un día después de que el Ministerio de Marina hubiera encargado a Manila que pusiese un navío a disposición del

Embajador, se firmó el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación hispano-siamés. Espero que Patxot muriera poco después de aquello y así no llegara a saber nunca los efectos que tuvo el Tratado sobre las relaciones bilaterales hispano siamesas: nada, rien, nothing, nichevo, may aray.

El Tratado tuvo aún una coda aún más absurda. En 1872 el Gobierno encargó al enviado Juan Manuel Pereira que viajase a Siam para realizar el canje de ratificaciones del Tratado. A falta de nada más sustancioso, el gobierno le entregó una serie de condecoraciones para que las repartiera en Bangkok según su leal saber y entender. Pereira no supo o no quiso enterarse de quién era quién en la Corte siamesa y a su partida se las entregó al agente honorario británico que velaba por los intereses de España en Siam para que las repartiese como le pareciere más conveniente. El agente le pidió instrucciones más detalladas y Pereira respondió que no quería inmiscuirse en los asuntos de Siam. Y aquí paz y después gloria.

Las aventuras de Patxot y de Pereira muestran además que Asia no era un destino que atrajera a los diplomáticos españoles. Estaba muy lejos, se hablaban lenguas incomprensibles y, encima, las autoridades de Manila no ayudaban.

Mientras que la pérdida de Cuba en 1898 fue un drama, la de Filipinas pasó casi desapercibida. España no había sabido rentabilizar la colonia y según Rodao parecería que España hubiera sentido la firma del Tratado de París por el que entregó las Filipinas casi como una liberación. Al año siguiente, vendió a Alemania las posesiones que le quedaban en el Pacífico y durante las siguientes décadas no quiso saber nada del mundo asiático y pacífico. Si aún pervivieron algunos lazos con Filipinas fue más por el interés de los filipinos e hispano-filipinos que por el español.

Si cuando estábamos en Filipinas, las relaciones con Siam eran un quiero y no puedo, una vez que hubimos dejado el archipiélago filipino, quedaron completamente desatendidas. Lo único relevante en las primeras décadas del siglo XX fue la petición siamesa al término de la I Guerra Mundial de renegociar el Tratado de 1870 para eliminar determinados privilegios concedidos a España, al igual que Siam estaba haciendo con otras potencias occidentales. El 3 de agosto de 1925 se firmó el nuevo Tratado de Amistad, Comercio y Navegación, siguiendo los deseos siameses. La introducción española al texto del Tratado, en un ejercicio de sinceridad despiadada, finaliza diciendo que “el comercio [de Siam] con España es nulo.”

Bueno, también ocurrió que España encargó a Dinamarca que se ocupase de sus intereses en Siam y gracias a los daneses estuvo mejor informada de lo que sucedía en Siam de lo que había estado en los anteriores cien años.

Rodao ha investigado los intercambios comerciales hispano-siameses tras la firma del acuerdo de 1925. Parece que sí que hubo un comercio modesto.

Siam exportaba a España arroz, especias, pieles y madera de teca. España, por su parte, exportaba vino y semillas oleaginosas. En todo caso, era un comercio tan escaso que aparecía bajo la rúbrica “otros países” y se hacía a través de los puertos británicos de Hong Kong y Singapur. Este comercio desapareció con el estallido de la Guerra Civil.



Durante la Guerra Civil, Siam se decantó por el bando nacional. Pesaron tanto la influencia japonesa como el carácter nacionalista y parafascista del régimen que el Mariscal Phibulsongkram estableció en Siam en 1935 que se asemejaba al del General Franco. Lo principal en estos años fue el esfuerzo siamés por abrogar las cláusulas desiguales que aún subsistían en el Tratado de 1925. Las negociaciones no llevaron a nada y, además, en 1943, barruntando la derrota de las potencias del Eje, España se declaró estrictamente neutral y no tuvo ganas de tratar con el régimen pro-japonés de Phibulsongkram. En 1949 finalmente España mandó al primer diplomático residente permanente en Bangkok... pero eso ya es otra historia